

La Golondrina,



HOJA LITERARIA Y DE VARIEDADES.

LAS PRODUCCIONES DE MUJERES ANTIOQUEÑAS TENDRAN PUBLICACION PREFERENTE.

EDITOR Y AGENTE GENERAL, JUAN J. BOTERO.

1.ª SERIE,

MEDELLIN, DOMINGO 3 DE JUNIO DE 1881.

NUM. 2.ª

LA GOLONDRINA.

COMPLACIDOS hemos visto la buena acogida que ha tenido en esta capital y fuera de ella "La Golondrina", como satisfechos hemos quedado al ver que la invitacion á colaborar en ella, hecha á nuestros galanos escritores, sin consultar opiniones enojosas de partido, fué inmediatamente atendida.

Como habrán notado los lectores de nuestra hoja, á ella ningun color politico se le ha dado, (ni se le dará); advirtiendo una vez por todas, á nuestros generosos colaboradores, que, por mas respetable que sea la firma, será rechazado todo escrito que contenga alusiones personales y cuestiones de política.

Ya que, desgraciadamente y á causa de lo último, no nos ligamos por una misma inspiracion patriótica para la marcha en general de nuestra vida social, al ménos vamos unidos en el florido campo de la literatura á dejar en bien de nuestra querida patria, algo provechoso.

Que esta hoja, paréntesis en nuestra vida de afanes y sinsabores, siga siendo recibida con gusto en los hogares, es nuestro vehementemente deseo, y será la recompensa de nuestros trabajos.

A UNA GOLONDRINA.

Deja tu nido de amor
Golondrina primorosa
Y rápida y presurosa
Cruza el aire sin temor.

Eres de mision sagrada
Dulcísima mensajera,
Llévala, pues, lisonjera
Y de tu encargo halagada.

Llévame en tus himnos de amor
Notas de alegres cantores,
Y de tristes trovadores
Las quejas de su dolor.

Todo lo sublime y bello,
Lo que halaga y lo que encanta,
Lo que hasta Dios se levanta,
Llévala en tu blanco cuello.

Que entre tanto, haces tus veces
Con tu prole tierna y bella
Prométemos, dando á ella
Banda causa, suaves misiones.

SOLIA.

Rio-Negro, Mayo 28 de 1881.

Medellin, 20 de Mayo de 1881.

Señor N. N.—Presente.

MI QUERIDO AMIGO:

El 4 de este tuve la honra de recibir una esquelita de usted, en que me invita á colaborar en la hoja literaria que usted y otros jóvenes se propusieron publicar, bajo la proteccion de la mujer antioqueña y con el simpático titulo de *La Golondrina*.

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
BIBLIOTECA CENTRAL
SALA DE PERIODICOS

Me dice usted que ya está en la prensa, que los escritos de mujeres serán publicados de preferencia y que aguarda uno mío por esa misma tarde.

Es muy poco decir que merezco tanto honor, porque pueden atribuirse á modestia mis palabras. Ojalá, pero no hay tal, usted me cree capaz de lo que no soy y no sé cómo he podido engañarlo tanto; espera mucho de mí, mucho que no puedo satisfacer y que me obliga sobrenanera, porque sé agradecer, como debo, la honra que me hace y por lo mismo quisiera merecerla y poder complacerlo; pero yo no sé escribir, ya si aun letras sé hacer; hace más de siete años que no cojo una pluma ni aun para corresponder una carta de amistad.

Me encanta la feliz idea que ustedes han tenido de publicar una hoja literaria, porque nos hacía mucha falta. Es un modo muy grato de cultivar nuestro espíritu y elevarle. Estamos volviéndonos muy superficiales; puede decirse que la política y la moda son dos ruinas que nos han despojado por completo. No tenemos casi sancion, y en nuestras relaciones sociales nos contentamos ya con muy poco; nuestras conversaciones son por lo regular tan simples y frívolas que no dejan nada en el corazón ni en el espíritu; nos tratamos cada uno como si nada esperáramos del otro, como si estuviéramos convencidos de que el fondo de cada cual está vacío.

Los felicito, mi querido amigo, por la progresiva tarea que han emprendido; desee y espero que la lleven á cabo con felicidad y que no desmayarán ante los obstáculos que se presenten á su paso. Me prometo que *La Golondrina*, hija de ustedes, será tan simpática como la aveicilla que lleva este nombre, y que su existencia será muy larga. Con plumas tan elevadas y graciosas como las que poseemos en Antioquia, creo que ella no dejará país que no recorra, hogar que no visite.

Hoy mas que nunca siento no saber ni poder escribir para contribuir aunque fuera con una pluma á fortalecer las alas de *La Golondrina*.

Cuando era más joven y no tenía aun familia, fui muy aficionada á la literatura; leía mucho y me gustaba escribir mis impresiones; pero sin conocimiento alguno del arte, lo hacia solo de oído. Luego que vino la familia quise algunas veces entregar me á esta distracción; pero lo hacia luchando con tantas dificultades, que me persuadí de que una madre de familia no puede ser literata sin menoscabar mucho sus deberes, y que, aun cuando una resolviera atropellarlos de vez en cuando, no es tampoco posible.

Figúrese usted: yo no puedo escribir sino en silencio y con tranquilidad, cosa que no puede suceder á ninguna hora en casa, donde á más de ocho niños hay siempre ajenos de cuatro para arriba-y, no sé si será defecto de educación ó qué; todos son así; pero á más de que hacen una bulla horrible y constante, no dejan pasar un momento sin venir á interrumpirme. Parece que fuera intencional; todo es ponerme á escribir y principiar: el uno me pone una queja, el otro me pide un permiso, la otra me solicita porque cree que me fui, la chiquita me pide alguna cosa bien imposible, me tiran la casa, me sacan los taburetes, me desdientan las camas, riegan las almohadas en el suelo, andan en los escarpates, y hacen desastres; el niño llora en la cuna, no está la caguera, no hay quién lo meza, y lo saca; no quiere jugar con los otros, se antoja del tintero, de la pluma, quiere que lo saba encima. Ya me consulta la costurera, ya me necesita la cocinera, ó la aplanchadora, ó la lavandera, ó me sofocan en la puerta la ventera, ó el mercachiflo, ó la criada de la vecindad. En fin; no acabaría de con-

merar el cúmulo de interrupciones más ó menos largas con que tengo que luchar; pero imagine por lo referido, apenas en bulto, si será posible escribir de esta manera alguna cosa que sirva, si se podrá mantener y seguir la misma idea en un escrito. Me sucede que principio á desarrollar alguna con que creo patentizar mi pensamiento y alguno me obliga á dejar la pluma en lo mejor, y cuando vuelvo ya no sé que iba á decir, eso es si no llega alguna visita, y casi siempre no solo no sé que iba á poner, sino que mi humor cambia del todo, se enfria mi cabeza y acabo por escribir lo que no habia pensado y con tono de tinto enteramente al en que principié.

A veces, soy tambien muy descontenta de lo que escribo; creo siempre sentir más de lo que puedo decir; si es una descripción, me parece que la concebí más bella de lo que la copié, le faltan detalles, luz y colorido; si habia mi corazón por algun sentimiento grande y noble, sus armónicos más tiernos y dulces, suenan con mi estilo, apagados é inspidos.

Me es, pues, imposible escribir y usted habrá quedado convencido de ello. No se puede ser á la vez madre de familia y literata. Una madre que cria sus hijos no puede ser sino madre; por lo menos, yo no puedo ser otra cosa. La literatura ha tenido siempre para mí algo que me seduce y me arrastra, y si yo he podido renunciar á este estudio es porque la maternidad tiene deberes que á más de ser tan sagrados son muy dulces y deliciosos. Si la literatura me atrae, la maternidad tiene hechizos que mantienen el alma de un encanto en otro encanto; son muy grandes y nobles los atractivos de la primera; pero son más no leños, santos y puros los de la segunda. No pudiendo, pues, ser una y otra, sin vacilar soy madre.

Es imposible, yo no comprendo, no sé cómo hay madres que dan á criar sus hijos á una nodriza y renuncian así á la felicidad más positiva que nos brinda la tierra! Si con algo somos bien recompensadas de los sufrimientos que nos causa el nacimiento de un hijo, es con la dicha de criarlo, alimentándolo con nuestra propia sangre y consagrándole todos los momentos de nuestra existencia. No sé si hago mal en decirlo: no hay palabras con qué expresar el encanto, el deleite que experimenta una madre cuando toma en sus brazos al hijo de su alma para darle su alimento y le estrecha contra su corazón haciendo fuerza en los dientes para que su amor no le ahogue, besando una, dos, ciento y mil veces su frente, sus ojos, su boquita, sus mejillas, sus contornos morbidos, bellos, suaves y aterciopelados, y esa mirada de sus ojos con que acaricia esmiloso y risaño el objeto de su codicia y luego cuando al tomar ese objeto sin alforja de sus labios siente satisfecho mirando de reojo, atento, cual si comprendiera las mil expresiones amorosas que brotan del labio maternal, recordadas cada una por otros mil besos de que cubra aquel brazo tan redondeado y aquella manita tan inquieta y busca peito con que irrita más y más el amor y entusiasmo de su madre.

Es imposible que el lenguaje pueda expresar jamás la deliciosa satisfacción que experimenta una madre al contemplar aquel niño, cuando ya lento y satisfecho se queda profundamente dormido en nuestros brazos con ese sueño tranquilo, sueño de niño que dará siempre tema á los poetas.

Alimentar un hijo con nuestra propia sangre es beber dafnara en un panal de mieles que, ni se agota ni sacia.

Nor.

(Continuará.)

SILVA,

A DIOS.

(DEDICADA EN PRUEBA DE CARINO Y AFECTO PROFUNDO
A MI SEÑORA DOÑA P. DE B.)

Tú eres el Dios que en mis sueños

Vi al alba de mi vida,

Coronado de luz y de hermosura,

La sien vestida

Con arrebolos mágicos de luz.

Y yo soy la molécula del aire

Con vida y pensamiento,

Y en el aire adormida

Como aman los gusanos, los rayos de la luz.

Sigue su rotación por los espacios

Bascúlate al traves de esos palacios

Que tienes sobre el sol,

Y en las rezas cascadas de diamantes

Que brillan en las gasas de la antorcha,

Y que de tu alba luz deslumbradora

Débiles destellos son.

Y en el sereno azul del horizonte

Que decora las vastas lejanías,

Y viste de arreboles y paisajes

El sol al fugaces.

Y en los vagos bocetos del crepúsculo,

Y en las errantes nieblas,

Y en los batientes océanos

De las hondas tinieblas al traves,

Y en los floridos céspedes

Que esmitan las riberas,

Y en los aires que ondulan las p. lomas,

Y en las notas que lanza el huracán;

Que en las encendidas alas

De mi libre pensamiento,

Tu majestuosa grandeza

Figura sus cenizas galas,

Uniformes, sin cambiar,

Que tú brillas lo mismo en el roco

Que se cinea la flor de la montaña;

Que en la nieve azul del Chibabuzo

Y en los tules que viste el Tequedama,

Y mis ojos te admiran donde quiera,

En el valle, en el monte, en la pradera

Y en la humante diadema del volcán;

Lo mismo en las santuosas alfonjas

De toreros y horrocas,

Desconocidas, hondas melodías

Del misterioso mar,

Lo mismo al rutilar de tus funales

Que en la silueta azul de la montaña,

Que en las vastas destierros arrojadas,

De volcanes del Simoun.

Yo te he visto en los rayos de la luna,

Y en las negras tormentas de los mares,

Y en las noches polares

Disimando las sombras con tu luz.

Tú, que alientas la lava arrojadora

Del volcán en las horribas conchas,

Y en las temblantes cañas

Vibras con insostenibles armonías,

Desconocidas pasadas de amor.

Tú, es Dios de mi pasado

Y es Dios de mi presente

Y es Dios de lo incógnito,

Tres del que en sueños y despierta voy;

Tú, que das equilibrio en el vacío

A los radiantes faros de la noche,

Y el traves de sus coros te paseas,

Señor de las alturas y del orbe,

Débil ignoto, infiero invisible,

Ay! yo soy el gusano de la tierra!

Si hay en mí sé un soplo de tu aliento,

Permíto que lescane de mis penas.

Ay! yo soy el cansado peregrino,

Sicfo sin deso, que ni reposo.

Oh! Dios de mi destino

Abajo está el abismo tenebroso,

No me dejes rodar!

Que yo quiero buscarte en las alturas,

En el rayo y la luz de tu mirada,

Que estoy cruzada

Del barro terrenal.

Eco de un alma que sueña,

Plegaria fúnebre al viento,

Ay! en su propia pequeñez hundida,

Sin destino ni fin!

I Que soy! Pobre de mí! Nota perdida

Sobre un fondo infinito de un deseo,

Debatido en la lucha como Anteo,

Ay! yo quiero morir!....

Oh, no! Señor Dios mío,

Señor! a mis acantos,

Que venciada en mis largos sufrimientos,

Cobré en mi dolor,

Me he olvidado la pesada de mis hijos,

Mi único tesoro,

De mis hijos que adoro,

Con férvida pasión.

—Tú, el Dios de las estrellas,

Del débil y del huérfano,

No abandones sus luzellas.

Tuyo es su porvenir,

Su sombra sea la antorcha

Que alumbré su camino

Y olvidate si quieres del pobre peregrino

Olvidate de mí!

18....

AORIPINA MÓRTEZ DEL VALLE.

AMOR DE HIJO.

Amor de hijo! Amor de padre! ¡Primero y último término de una progresión geométrica infinita! Vierte el cuerpo de la madre una gota de sangre en el corazón, sin formas, de un feto, y ese feto rompe la red y respira, y vive, y se alza, y puede ser un portento!

¡Cuántos misterios en una sola gota de sangre!
¡Cuántos misterios en dos moléculas que se unen!
¡Cuántos fenómenos en dos átomos simpáticos que se tocan!

Entre las prensas de un amor divino vierten su sangre los corazones del amante y de la amada.

Esas gotas que comienzan a brotar entre mártirios, acaban por bañar cunas de flores.

La primera lágrima del hijo purifica los pañales en que lo envolvió su madre; y, como un roco del cielo, fecundiza el corazón del padre ansioso.

Crece el niño y su padre crece con él.

Se alza el niño, y el padre, en brazos de un sofisma místico y sublime, se transforma en niño y crece al par de él.

El padre y el hijo son dos gemelos.

Fuerza y esperanza, eso es la vida.

Consuelo y *más allá* eso es el todo.

El padre busca fuerzas en su hijo y el hijo busca esperanzas en su padre.

El hijo busca consuelos en su padre y el padre busca *más allá* entre sus hijos.

¡Cadauna misteriosa que de un átomo hace un hombre, y de un hombre un eslabon, y de un eslabon una cadena, que liga y ata las generaciones innumeras del mundo!

¡Qué es un hijo?
Es la chispa de Volta, es el alambre eléctrico; es lo que une al mundo viejo con el nuevo; es lo que une al padre con la madre; es lo que liga la familia a Dios.

1881-Mayo 20.

C. A. E.

A UNA TUMBA.

(AUSENTE DE LA PATRIA).

I

A la pálida luz de mis recuerdos

Ay! sombra de mi bien!

Ausente de mi hogar y mis afectos

Y de todo lo bello

A los ojos del alma, escribí:

Escribí la historia dolorosa
De mis sueños de azar,
Que se conserva en las mariposas hojas
De un libro que se adorna
Con páginas de luto, escribí....

II

Nos dijimos ¡Adios! ¿Tú lo recuerdas....?
Yo no lo olvidaré;
Era una tarde azul de encantos llena,
Tú estabas como Eva,
Yo estaba como Adán: en el Eden.

Se cruzó tu mirada con la mía,
Y vimos á la vez,
Yo, una perla rodar por tus mejillas,
Y tú, de mis pupilas,
Temblorosa una lágrima caer.

III

Yo escuché de tu boca perfumada
Palabras ¡ay! que recordar no quiero;
Oíste tú de mí alma destrozada
Esta frase bien lúgubre: "me muero".

Mudos los dos, exánimes quedamos,
Fijas nuestras miradas en el suelo;
Un instante después nos separamos,
Un momento más tarde.... lloró el Cielo.

Las palabras que entonces nos dijimos,
Los secretos que allí nos revelamos,
Los juramentos últimos que hicimos,
Y el negro llanto que al partir brotamos;

Las confidencias íntimas.... Dios mío!
Que escuché de tu boca delicada,
Rosa de Jericó, con el roto
De los jardines del Kremlin bañada;

Tus miradas tan hondas y tan bellas,
Al traves de las cuales yo miraba
Un corazón y un alma en dos estrellas,
Cuya luz á los ángeles cegaba.....

Silencio corazón: no aces tu acento,
No evokes los recuerdos de aquel día....
Encadena, Señor, mi pensamiento
Porque se rompe mi alma de agonía!

IV

No escucharé ya más la voz querida
De mi ángel tutelar....
Ni siquiera su acento de partida
Escucharé ya más.

Si acaso vuelvo á respirar las brisas
De mi nativo hogar,
No encontraré de ese ángel las sonrisas
Porque se fueron ya!....

Hogar querido, á cuya dulce sombra
Pasó mi santa edad;
Valles de terciopelo, cuya alfombra
No volveré á pisar;

Guardad vuestros perfumes bendecidos
Para los que amo allá....
Olvidad á tu hermano, y sus gemidos
A escuchar no volvais....

Visítad una tumba, y á mi nombre
Decíde que allá está
Acompañando el corazón de un hombre
A un ángel inmortal.

Bogotá, Abril 29 de 1877.

JUAN C. TORON.

LA BAHIA DE RIO-JANEIRO.

Lectores de "La Golondrina", vamos á consagrarnos, en un día de fiesta y de lluvia, unas de las horas bien escasas, por cierto, que nuestras habituales tareas nos dejan para el descanso.

Pretendemos, no describir la bahía de Rio-Janeiro, sino únicamente daros una idea, siquiera sea pálida, de lo que vimos en ella, en una noche de plenilunio del mes de Mayo de 1884.

Para describirla tal cual apareció á nuestros ojos, necesitaríamos la pluma con que Lamartine escribió su viaje á Oriente; aquella pluma inmortal que tenía el mágico poder de reproducir, por medio de la palabra, los perfíles, la luz, las sombras, los colores, las bellezas que la naturaleza ostentaba á los ojos del poeta, así como el de despertar el recuerdo de los acontecimientos ocurridos en los lugares que él visitaba, aunque ese recuerdo hubiese dormido sueños de siglos y yaciese sepultado entre las ruinas ó cubierto con los despojos de cien generaciones.

Pero esa pluma.... ¿quién puede saber en dónde se halla?... Lo natural es que el gran poeta, al ausentarse de la tierra, la haya llevado consigo, para seguir buscando en los espacios infinitos las huellas de su Dios, como buscaba las de Cristo en el Oriente, y para describirlas con ella á los ángeles, en himnos inmortales, dignos de ser cantados por ellos.

Por tanto, lectores indulgentes, no podemos abrigar la pretension de describir la bahía de Rio-Janeiro con aquella pluma, ni con otra alguna, que no esté á nuestro alcance; lo que no teníamos para que decirlo, pues demasiado lo sabiais vosotros.

Hace diez y seis años que estuvimos en la bahía de que hablamos, y por lo mismo, las impresiones que ella dejó en nuestra mente están un poco empañadas ya por las huellas del tiempo, pues aunque aquellas fueron profundas, éstas son siempre destructoras.

Sin embargo, vamos á sacar de entre los rasgos oscuros de nuestros recuerdos, algo de lo que vimos, cuando embarcados á bordo de uno de los vapores de la línea francesa, establecida entre Bordeaux y Monte-video, y que hacen escala en Rio-Janeiro, Bahía, Pernambuco, San Vicente y Lisboa, entramos al puerto de la capital del Brasil.

Serian las 4 a. m. Al entrar el vapor en la gran bahía y por la boca de ésta, que tendrá unos doscientos metros de anchura y por la cual no pasan nunca tormentosas y ni aun enerpadas las ondas del Atlántico, se anunció con repetidas salvas de cohetes, que despertando á los viajeros, nos hicieron saltar de nuestros camarotes, para asistir al hermoso espectáculo que la naturaleza y la civilización exhibian allí, en aquella hora, hora que siempre y en todas partes es bella, como lo es la de la tarde en el instante en que el sol se hunde en el ocaso.

Los cohetes al estallar en las alturas lanzaban al espacio abundante lluvia de luces lindísimas, de diversos colores, que al suave impulso de la brisa, vagaban un momento en los aires y luego se extinguian....

A uno y otro lado de la entrada se levantan dos cerros piramidales, que, vistos á la luz fúnebre de los cohetes, semejaban guardianes titánicos de aquel recinto, que se ostentaban allí silenciosos, imponentes, velados con un manto de fantásticos colores.

En la ribera de la bahía una larga fila de faroles, sostenidos sobre postes iguales, iluminaba sus contornos, y permitía ver centenares de embarcaciones de todo porte y de todas clases, que flotando sobre las dormidas ondulaciones, parecían enormes y peregrinas aves de plegadas alas que reposaban tranquilamente después de un largo viaje de miles de miriámetros.

Mas allá . . . sobre un suelo suavemente ondulado, y sobre colinas más ó ménos altas, se ostentaba la grande y hermosa ciudad de Rio-Janeiro, profusamente iluminada por miles de faroles que reflejaban su luz en las vidrieras de las ventanas y de las techumbres de los edificios, y reprodiciéndose en la ancha y tersa superficie de la bahía, aparecía como una vision fantástica de vistas, de resplandores y de espectáculos magníficos, indescriptibles.

Detras de los dos cerros de la entrada se levantan otros y otros que, alejándose mas de las costas, limitan hacia el interior el horizonte, y vistos al pálido fulgor de la aurora, parecia como que se asomaban los unos tras de los otros á atisbar las primorosas formas que exhibia la naturaleza en aquel lugar, y en aquellas horas

¡Cuán bella, cuán voluptuosa se ostentaba esa naturaleza entonces!

Parecia que se animaba y se extasiaba en la contemplacion de sus propios atractivos y de sus propias magnificencias!

El sol hundido aun en el oriente como que apresuraba su marcha, cual si pretendiera tomar parte en la fiesta nocturna de los elementos.

Nadie desaba entonces su salida, pues mas bien anhelabamos prolongar unos momentos, unas horas más si fuera posible, la contemplacion de aquel panorama asombroso.

La luna, cual pudorosa virgen del cielo, después de haber atravesado la bóveda azul del firmamento, rodeada de infinitas y hermosísimas estrellas, al presentarse que el astro del día, impulsado acaso por las eternas leyes de la atraccion ó del amor universal, trataba de sorprenderla y de alcanzarla, se sumergió lánguamente en los límites del horizonte, arrancando á la tierra y á los hombres un adios, un suspiro y una lágrima.

Cuando el sol asomó su faz en el oriente, oyó sobre la tierra el velo resplandeciente del día, y las sombras, los misterios y los encantos de la noche y de la aurora se desvanecieron.

Si la *Pinta*, la *Santa-Maria*, y la *Nina*, esas tres carabelas inmortales, que fueron las primeras en atravesar el Atlántico, en vez de arribar el 11 de Octubre de 1492 á la isla de Guanahani, hubieran arribado á la bahía de Rio-Janeiro; y si hubiera sido posible el anacronismo de encontrarla tal cual la vimos por primera vez nosotros, con toda su fantástica iluminacion, con todos los encantos con que la tierra, la civilizacion y el cielo la adornaban. Colon y sus compañeros, en vez de sospechar que habian descubierto un mundo, habrian creido que era la espléndida morada del Creador lo que habian descubierto, y habrian caido de rodillas para implorar perdón y misericordia por haberla profanado.

La Polka, Mayo 16 de 1881.

J. B. LONDOÑO.

A MAÑANA.

Entre rosadas nubes
Que matizadas de anillo y grana
Lucecen el oriente,
Despunta el esplendor del sol arriente.

Y las vendadas sombras,
Barridas del espacio y de la tierra,
A ceñitarse fieron,
Y á las cavernas de la noche lugeron.

Se iluminan los cielos;
Arde con blanca luz la cordillera,
Y en las faldas del monte,
Se reflejan el azul del horizonte.

El aire matutino
Sacude suavemente la corola
De las pintadas flores,
Y extiende sus balsámicos olores.

Por las humildes chozas
Esparcidas por campos y praderas,
En blandos copos sube,
De celeste humareda lenta nube.

Tiernamente murmura
Retratando la luz de la mañana,
El placido arroyuelo
Que corre serpentando por el suelo;

Y en las blancas espumas
De la corriente de su clara linfa,
Brillantes perlas saltan
Que las orillas de su curso esmaltan.

Mas allá en la espesura
De verdes bosques y abundosos prados
Cubiertos de rocío,
Braman las oías del rugiente río.

Saludan con mil trinos
Las aves el fulgor del nuevo día,
Y con meliflúo acento
Estremecen los ámbitos del viento.

De la rosada aurora,
Y del sol que radiante se levanta,
La luz que brilla pura,
Es un reflejo, oh Dios, de tu hermosura.

Y entonces en el confuso
Rumor que se oye al despertar la tierra,
Tu nombre sacrosanto
Resuena en himno cual lejano canto.

Y tierno y recogido
Mi pensamiento de admirar pasmado,
Al ver tanta alegría
Cuando renace el esplendor del día,

Mira absorto el abismo
En que el alma se pierde contemplando,
De tu infinita esencia,
La sublime creadora Omnipotencia.

Octubre de 1877.

EDUARDO A. HÓYOS.

AUSENTE !

Cuando yo miro las de blancas plumas,
Garzas errantes que volando pasan
Y hacia el occaso diríjese lauras
Buscando ansiosas el revuelto Cauca;
Yo tengo envidia á su segundo vuelo,
Diera mis brazos por sus blancas alas,
Porque con ellas yo podria besarte
Todos los dias al tajar el alba.

Medellin-1879.

JANUARIO HERASO.

A...
 En mis sueños te he visto
 y en la vida, mi vida,
 Reite de mis penas,
 De mi agonía,
 Sin que te halles presente
 Mi alma te llama,
 y al ver tu indiferencia,
 De amor suspira.
 Si destrona mi pecho
 Quemante llama,
 La pasión que en él guarda,
 Mas, mas se inflama.
 Porque sin ti he perdido
 La paz del alma,
 La ventura, la vida,
 La alegre calma

Yo.

LA INOCENCIA.

(EN EL ÁLBUM DE DOLORCITAS).

I.

Fuera feliz, Dolorcitas, si pudiera decir en tu álbum algo acerca de la Inocencia.

¿Qué tema más adecuado para escribir en tu libro de recuerdos?

Ay! si yo pudiera escribir, si supiera cantar; si pudiera expresar las ideas que la Inocencia hace nacer en el fondo de mi alma, cuántas cosas te diría, qué cánticos no te diera la lira que he templado, aunque lleno de temor, para hacerla sonar en tu alabanza. Yo haría que el mundo te conociera en toda la esplendidez de tus virtudes y cantaría en tus altares todo lo que puede halagar tu vida: de tu pasado los recuerdos, de tu presente las ilusiones, de tu porvenir las esperanzas.

Pero yo no sé escribir, no sé cantar, y por eso no traigo para tu libro otra cosa que mi muda admiración.

Fuente del desierto, rama de Jericó, uva de las montañas, eso eres tú, Dolorcitas, porque eres inocente.

Qué dulces serán tus sueños y qué contenta tu vida!

Qué hermosa es la Inocencia!

La Inocencia es el perfume del mundo, el embalse del hombre y el encanto del cielo. A la Inocencia la cuidan los ángeles y la hace gracia el Señor.

Qué bella es una niña inocente, y qué bella eres tú que adorna con la Inocencia todos los actos de tu vida!

¡Qué feliz eres tú, Dolorcitas, que no has tenido una pena y un pesar; que no has llorado una lágrima de dolor ni sentido la fiebre de un remordimiento; que no has dado á tus padres ni una queja, y que no encuentras, á donde quiera que miras, sino sonrisas de cariño y motivos de placer! Es que la Inocencia trae los bienes, y los males huyen de Ella como de la luz las sombras.

¡Qué felices son tus padres que te conservan inocente, y que han apartado de tí todo aquello que pudiera manchar la limpieza de tu alma!

Por tu inocencia eres feliz.

Por eso son tan hermosas las plautas y las flores que cultivas, cantan tan alegres las aves que

cuidas, y es el hogar donde vives un nido de canarios en una mañana de Abril. Dios te asista siempre y dé largos días á tus padres para que disfruten sobre la tierra de la luz que ilumina las suaves noches de su vejez.

Oh! si todas las niñas comprendieran lo bello de la Inocencia, cómo fuera la pureza de sus almas, la santidad de sus pensamientos!

Si supieran que todos los encantos que no van adornados de la Inocencia, seducen los sentidos y halagan el corazón, pero que no cautivan el alma, cómo se conservarían sin empañar las gracias que les dió la naturaleza!

Conserváte tú así, Dolorcitas, para que hagas una carrera de flores y tengas armas contra todo poder.

Mira:

Cuando el Angel se le presentó á María, esta jóven, hermosa ya por su destino y ya como judía; inocente como ninguna y limpia como la nieve, se puso pálida y sus ojos brillaron como los de la gacela sorprendida. Pero luégo, cuando oyó de la boca del Angel que en sus entrañas debía encarnar el Salvador, su inocencia le dió valor, y sus megillas se encendieron, y sus ojos asustados se medio encresparon, y tomó fuerza su voz entrecortada y tuvo aliento para decirle al mismo Dios en la persona del Angel: "Eso no puede suceder sin que yo deje de ser inocente; y siendo así no quiero ser la madre del Salvador". "El Espíritu Santo te hará sombra con sus alas", la contestó el Angel, y fué entonces cuando Ella dijo: "Que se haga en mi según tu palabra".

Ya ves, Dolorcitas, qué prerogativas las de la Inocencia!

Y todo ese tesoro guardas en tu seno. Conserváte siempre así para que seas de los escogidos del Señor.

II.

La Inocencia es una jóven hermosa y bella; muy bella y hermosa es, y fresca y pura y elegante como la azucena de los campos, como la violeta de los jardines, como la niña de las espumas. Tiene el pié pequeño, talle de mimbré. Sus labios son dos pétalos de la rosa más delicada y sus megillas como manzanas. Sus ojos son negros, brillantes, y cuando lloran de placer, con las lágrimas que los humedecen hacen prisma y queman como los soles del estío. Su frente es limpia y despejada; su cabellera negra, abundante y quebrada; su voz, que es dulce, es una melodía de la vida, y su sonrisa es una alegría del cielo.

Ella se viste, como la aurora, con sus propias gracias; como la paloma, con su propio ropaje; como la flor del campo con sus propios colores y perfumes. Qué hermosa queda así la Inocencia; y así eres tú, porque tú eres la Inocencia misma.

Ojalá te conserves siempre pura para que tu vida sea una eterna mañana de felicidades, sin mediodía de temores, sin tarde de tristezas, sin noche de desengaños.

Ojalá que tu vejez sea alumbrada por la mis-

ma luz que hoy alumbrá tu vida en la primavera; que tus ojos tengan el mismo brillo que hoy; que tus labios la misma pureza; tu voz el mismo acento de ángel, tu corazón la misma fe, y tu alma las mismas creencias.

Consérvate inocente y sin mancha para que vivas la vida de las palomas que no pecaron, que no desoyeron la voz de su Señor, y para que mueras la muerte de los justos.

Vive como has vivido para que seas el orgullo de tu familia, el modelo de tus jóvenes compañeras, la gloria de tu hogar y el fanal de tus admiradores.

Lleva á la tumba la luz de tu cuna, y recita en sus umbrales y con la misma pureza, las oraciones que aprendiste cuando te adormías al arrullo de tu madre amante.

Y alaba todos los días á tu Dios por todo el bien que te ha hecho sobre la tierra; y en tus oraciones pide por tu amigo á fin de que el Señor "incline hacia él sus oídos".

J. M. MEJÍA T.

CHAMARASUA.

A DON PALURDO.

*Ajerte que te desiste—
Siendo de tal en tal teja—
Tuvar piedras en la ma—
Para tirar al coa—*

CEVÁNTES.

Aquí yo tengo un ami—
Tu torpe y tan presuntu—
Que en el mundo rati—
Tudo lo muerde y criti—
Seme parece al vece—
Que con piedras en la ma—
Quiere tirar al teja—
Aunque es de vidrio el su—
O al neco que intenta esgu—
Al cielo desde aquí aba—

Si eres tan pedante ami—
Si eres un asno en secta—
Por qué no ves tu locu—
Y adrietas tu desali—
Por qué es que quieres criti—
Lo que hebi tu no sa—
Mira bien que es disparat—
Fropio de gentes muy in—
Querer ser hombre signi—
No siendo sino un matra—

*Asi es este mundo in—
Dando todos los huma—
Los que no son cristi—
Criticar castros el non—
Pregunto que, ya ade—
Bas tan coman a nri—
O como un grande qui—
Ei defecto que conati—
Ba fin de fines, presu—
Que con la regla de la vi—*

Medellin, Mayo—1881.

M. Roca.

AY!

Qué diablos habrá pensado escribir este hombre al elegir un título tan simple? preguntará el lector. Ay!, yo mismo no sé!

Me comprometí á escribir un artículo para "La Golondrina"; me propuse cumplir mi palabra, me preparé para satisfacer mi propósito, y haciendo los preparativos estaba cuando llegó una visita; pues hoy es domingo, y ya se sabe que el barómetro de nuestras relaciones sociales, que en Medellín marca, por lo regular, tiempo muy seco, suele marcar

tiempo variable los domingos, y tempestad muy rara vez.

Yo estoy por el tiempo, mientras la seca etiqueta nos abogue con su modesta caustica.

Qué bien pensaba el que eligió la hiedra para emblema de la amistad! La hiedra necesita rocío, necesita sombra, necesita brisa; hiedras para vivir. Donde hay hiedra, hay árboles de verde follaje, hay fuentes, hay flores, hay besos; donde hay hiedras, hay fre-cura, perfumes y abonías.

Y dónde mejor que en la amistad encuentra el espíritu perfume, armonías y frescura!

Pero mis ideas van tomando otro giro. Vuelvo atrás, ó mejor dicho, las hago volver atrás, y repito que llegó una visita cuando me disponía para escribir. Un matrimonio nos hacía á mi esposa y á mí, el honor de pasar cinco minutos mortales en nuestra humilde casa.

Ese matrimonio nos debe un pequeño favor: el primer fruto del amor de los que nos visitaban, y de los cuales se puede decir "por sus frutos los conoceréis", enfermó en el pueblo en donde residíamos, y le prestamos algunos cuidados. Cuando volvimos á Medellín, los padres del muchacho vinieron á manifestarnos su reconocimiento y nos ofrecieron su amistad; pero como se ofrece algo, sin deseo de darlo y con temor de que sea aceptado.

He aquí unas relaciones forzadas y una amistad impuesta por las circunstancias. Ecos esposos no quieren pasar por ingratos; tampoco quieren aceptar del todo una amistad muy modesta para brillar en el gran mundo, y han resuelto mortificarse y mortificarnos.

Apénas se hicieron anunciar, solté la pluma y corrí á quitarme las chinelas, y mi mujer compuso la expresion de su rostro y salió á recibirlos. Poco despues entré á la sala.

Hice media docena de cortesías, que con la otra media que hizo el esposo, completaron la docena. A las cortesías siguieron algunas palabras de salutación, y á éstas, un silencio sepulcral. La señora recorrió la sala con rápidas miradas de desden, el esposo tocaba con los dedos una marcha en su bastón, mi mujer luchaba por mostrarse serena y por no fruncir el entrecejo; en fin, yo luchaba tambien, pero por no soltar la risa. Provooca tanto la frialdad algunas miserias humanas! Pongame usted ante el mis gracioso bufon, y le prometo estar tan serio como si asistiera á unos funerales; pero no me haga pre-enciar ciertos cuadros de nuestra vida social, no me haga ser testigo de algunas presentaciones ni de algunos ofrecimientos, porque cuando en todo esto figura un solemne hipocrita ó uno de esos sujetos que tienen la manía de rascarse para adentro y que no abren la mano aunque los den golpes en el solo, las frases "seré muy feliz si usted me encuentra útil para algo", "sepa usted que tengo mi casa á su disposición y que mi familia y yo quedamos esperando sus órdenes" &c, me ponen más cosquilloso que una doncellita de quince años.

Vienio que nadie hablaba, abrimos á un tiempo las cuatro bocas. No sé qué iría á salir de las otras tres; la mia iba á pronunciar estas palabras: "hace calor, ¿no?" Pero esta frase sufrió, esta bendita frase que de tantos atoladeros me suele sacar á mí, y que para tantos otros ha sido una tabla de salvacion, murió en mis labios sin haber nacido, lo mismo que las otras tres frases que lo iban á salir al encuentro; porque la hija de la cocinera hizo una irrupcion súbita, una verdadera irrupcion bárbara; y sin decir "va toro", rechazó nuestras palabras con estas que facion dirigidas á mi mujer: "que sea vaya á abrir la despensa para sacar mantequilla y sal."

Todos nos quedamos de una pieza y la vergüenza reverberó en las mejillas de mi esposa.

“Voy”, dijo brevemente, y lo lanzó á la negritá una mirada de Júpiter, conante.

Empezábamos a enarmos, y ya iba yo a preguntar si hacia calor; pero mi *ciocuecía* estaba de malas: la muñeca volvió á entrar con una gallina bajo cada brazo.

—Niña, le dijo á mi mujer, *quisque* si compra estas gallinas

—No, antestó mi pobre costilla.

La muchacha salió; pero á poco volvió con las gallinas y dijo: “que las compre, niña, *quisque* son dos borritos *quisque* de güevos.

—No, repitió mi mujer y con el pañuelo se enjugó el sudor de la frente.

Vi que era llegada la ocasion de decir algo y la aproveche.

—Indudablemente hace calor, murmuré de modo que todos oyeran.

—Oh, sí! dijo el esposo.

—Mucho! agregó la señora.

—Bastante, repuso mi mujer.

Y á la vez, y como con satisfaccion por haber hablado, aspiramos a tre y lo lanzamos con fuerza hácia la frente, haciendo sobresalir el labio inferior. Veán ustedes en lo que se convierten esas visitas de amigos forzados y sin confianza: nadie sabe qué decir; nadie sabe qué hacer, sobran las manos, sobra la cabeza, y uno quisiera estar enterrado en el último calabozo de Boquería antes que estar recibiendo las muchas humillaciones de algunas gentes vanas y orgullosas.

El silencio se prolongaba, y ya yo estaba resuelto á lanzar á la discusion esta nueva tesis: “sigue haciendo mucho calor”, cuando la señora se puso en pié; el señor hizo otro tanto, y mi mujer y yo los imitamos. Nos dieron las puntas de dos dedos, dijeron algo que nosotros no entendimos y nosotros dijimos algo que ellos tampoco entendieron.

Cuando volvímos de conducirlos hasta la puerta de la calle, mi mujer se estrechó la frente con las manos y exclamó: ay, qué horror!

—Ay, sí! contesté yo.

—Díque complacéase esta gente en pasar un mal rato y en hacérselo pasar á una... Ay, esto es insoporrible!

—Ay, es abominable! repuso yo.

—Ay, me duele la cabeza!

—Ay, y á mí me esta doliendo un diente!

—Ay, Jesus, ay! volvió á exclamar mi mujer, destapando un frasco de agua de florida.

—Ay, ay! repetí yo volviendo á coger la pluma.

Cuando acababa de mojar esta, oí que mi mujer lanzaba otro ay! Un dolor más agudo me hizo llevar la mano á la boca y decir: ay! Y maquinalemente escribí: Ay!

Ahora estoy convencido de que esta interjeccion es utilísima. Con ella y el *pues* y el *ya* y el *como no?*, hábilmente combinados salimos todos de los mayores apuros, en una conversacion.

Pero los poetas son quienes con mayor provecho explotan las ventajas del *ay*. Sin él, cuantos versos quedarían cojos y cabezorros! Veán ustedes un ejemplo:

Don Prudencio escribe unas estrofas y llega á una que acaba así:

... “Son sus ojos de paloma
Y brillan cual luceros.”

Don Prudencio, que por cada una que da en el clavo da ciento en la herradura, nota sin embargo, que el último verso está cojo, que le falta un tiem-

po. Invierte la frase, cambia las palabras (pero sin acordarse de poner *como por cual*), se muerde las uñas, se peina la melena con los dedos para refrescarse la mollera, arroja con ira la pluma... y el demonio del verso siempre cojo! Don Prudencio se resigna, cruza los brazos y queda en actitud de meditar. De pronto brillan sus ojos, tambando de emocion vuelve á coger la pluma, y mientras sonrie como debió de sonreir Newton al descubrir la ley de la atraccion universal, intercala un *ay* en el último verso, de manera que el final de la estrofa queda así:

... “Son sus ojos de paloma
Y brillan, ay! cual luceros.”

El verso queda completo y la fama de don Prudencio se ha salvado. Qué satisfaccion!

Y sin embargo, me hace usted el favor de decirme qué hace ese *ay* ahí?

Pero volviendo á lo de la visita, cuándo se acabara esa maldita costumbre de plegarse todo mundo á las exigencias de una etiqueta sin gracia, más severa que el Tribunal del Santo Oficio? Si no hay gusto en ciertas relaciones, para qué tenerlas? Si nadie les pide honores á ciertos miembros de la flor y nata de la sociedad, por qué no dejan la manía de estar brindando sus cachazas? No exponen de esta manera á arder lo verde por lo seco? No es mejor acabar con todo pretexto que dé pábulo á la hipocresía? No es mejor que cada cual quede en su casa y Dios en la de todos?

La consideracion de tanta miseria y un nuevo dolor que acabo de experimentar en el malhadado diente, me hacen exclamar, para concluir:

Ay, ay, ay!

Medellin, 29 de Mayo de 1881.

DON JUAN DEL MARTILLO.

VARIEDADES.

Matrimonios.—El 31 de Mayo último se unieron en matrimonio los simpáticos jóvenes Eduardo Callejas y Ramona Piedrahíta, pertenecientes á distinguidas familias de esta capital.

Conocedores de las bellas cualidades morales que adornan á los desposados, les auguramos un porvenir lisonjero.

Retribucion.—Estimamos, en su justo valor, el cortés saludo que se hace á nuestro periódico en el número 33 de “La Justicia”. Damos las gracias á los señores Redactores de esta hoja, por los buenos deseos de que están animados para con nuestra “Golondrina”.

Bosco.—Este simpático huésped además de ser célebre por sus habilidades en los culebetes y presitigos, se ha hecho más, ante nuestra culta sociedad, por la hermosa funcion que, en beneficio de los necesitados, dió el 2 de los corrientes por la noche, la que fué bien concurrida.

En nombre de la humanidad que sufre, damos los agradecimientos al señor Bosco y le deseamos prosperidades.